

Escuelas 
secundarias

Cuentos
de **futuros**
grandes
escritores
~

**Cuentos
de futuros
grandes
escritores**

La siguiente antología contiene las creaciones de niñas, niños y jóvenes que participaron del Proyecto Cuentos de futuros grandes escritores.

~

Agradecemos la participación de las siguientes instituciones educativas:

Escuela N° 331 "Almirante Guillermo Brown"
Escuela N° 478 "Dr. Nicolás Avellaneda"
Escuela N° 647 "Dr. Pedro Lucas Funes"
Escuela N° 262 "República Argentina"

INTENDENTE

Dr. Juan Pablo Poletti

Secretaría de Educación

Lic. María Alicia Barletta

Secretaría de Gestión Educativa

Lic. Agustina Huespe

Coordinador de Asistencia Educativa

Prof. Nicolás Viola

Dirección de Comunicación Pública y Relaciones Institucionales - DIRCOM

Director

Jorge Toum

Coordinación editorial

Soledad Mizerniuk

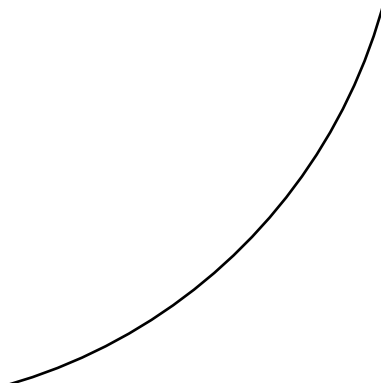
Delfina Baumann

Diseño

Alina Hill

Escuelas 
secundarias

Cuentos
de **futuros**
grandes
escritores
~



María Alicia Barletta
Secretaría de Educación
Municipalidad de Santa Fe

Presentación

CUENTOS DE FUTUROS GRANDES ESCRITORES

es una invitación a las escuelas secundarias de la ciudad que busca fomentar la creatividad y la expresión de niñas y niños, inspirándolos a través de la escritura de cuentos cortos para una antología.

La elección de una temática libre permite que los estudiantes exploren su imaginación y desarrollen habilidades narrativas.

La publicación de la antología *Cuentos de futuros grandes escritores* nació en 2024 en el marco del 125° aniversario del nacimiento de Jorge Luis Borges. Hoy continuamos esta tarea de conectar a los estudiantes con la importancia de la literatura en nuestras vidas.

A través de su Secretaría de Educación, la Municipalidad de Santa Fe acompaña la labor educativa de las instituciones de la ciudad con propuestas que buscan brindar herramientas para el conocimiento y la apropiación de nuestra cultura, así como instancias que permitan la expresión y trabajo colaborativo y solidario.

El Municipio agradece a las instituciones que eligieron ser parte de esta propuesta y brindaron con amor y dedicación parte de su tiempo. ~

*

Almirante G. Brown
N° 331

Lucas Natanael Acosta

4to VII

Almirante G. Brown N° 331

* * *

Un par de zapatillas rotas y una garza

MIRA TODOS LOS PROBLEMAS que tenemos por tu culpa –me dijo furioso y con algo de decepción al final– ¡¡Ahora tu tía y tu abuela van a gastar plata al pedo hijo!!– y, mirando con una mínima cantidad de felicidad y desconcierto fusionados con furia y tristeza, solo me aleje y él hizo lo mismo.

Llegué a casa, ignoré las palabras de bienvenida de mi mamá y lo único que hice fue dejar mis cosas e irme a caminar descalzo por el barro, por el pasto y por el agua del río. Con el frío recorriendo mis pies y mis piernas, me senté en un tronco y, como si fuera automático, las lágrimas empezaron a recorrer mi rostro.

–Hoy me fue bien ¿o no? – me dije triste solo– hice lo que me dijeron que haga, ¿no?

En ese momento de lamento solitario, como si me quisiera dar un mensaje, una garza tan blanca como la nieve y tan grande como la tristeza de esa tarde, se me arqueó y me miró fijamente con sus ojos pequeños pero profundos, como si estuviera analizando mi sufrimiento. No pasó mucho tiempo para que se alejara con sus largas y delgadas patas, pero sin dejar de mirarme, me echó un graznido un poco brusco y voló lo más lejos que pudo de mí.

Al volver a casa, lo único que pensé fue que ojalá nadie me hablara y nadie me viera, que nadie me preguntara cómo estaba y mucho menos preguntarme que pasó. Pero, justo como lo desee, nadie preguntó nada, aunque estuvieron ahí. Pasé de largo, directo hacia mi pieza en la cual se encontraba mi tío Joaco, que tranquilo, me esperaba con unos mates.

—¿Vas bien? — me preguntó.

—Si, como siempre — le respondí y continué— un día bueno con un final de mierda.

Seguí la noche acostado y pensando en las suelas de esas zapatillas llenas de agujeros y colgando solamente de un pedazo de tela que compone al calzado. Pensé que las zapatillas eran como las relaciones o como la felicidad las tres se rompen si no las cuidas bien o, simplemente, ya vienen con poca duración y te terminas quedando sin nada al final.

Escucho la puerta sonando, con la voz de mi viejo de fondo. Me llama con su voz que no se sabe si está enojado o no; si se arrepiente o no. Salgo de la habitación con la cabeza hacia abajo y lo primero que escucho es su respiración tensa y corta. Empieza con un perdón hijo —pero no me interesaba escuchar esas palabras porque, al fin y al cabo, siempre es lo mismo—. Terminó su frase con su típico “y eso no más” — luego me abrazó y yo le dije que estaba bien y que ya había pasado.

Al día siguiente, me encuentro temprano, limpiando unas zapatillas para no volverme a sentir así de nuevo. ~

Edgardo Parra

5to VII

Almirante G. Brown N° 331

* * *

Los polos opuestos se atraen

UNA VEZ, luego de un largo viaje, pude llegar a la ciudad de Santa Fe, que fue donde empecé el secundario, acá fue donde conocí a una chica que a primera vista no me pareció la gran cosa y no nos llevábamos muy bien que digamos, siempre discutíamos, nos tratábamos mal, en pocas palabras, éramos archienemigos.

El tiempo fue pasando y pasando, hasta que una noche tuvimos una conversación profunda como si hubiéramos sido amigos durante años. Ella se sinceró conmigo, me habló sobre sus problemas y sobre un millón de cosas más. Lo que ella no sabía es que ese día algo cambió. Luego de un tiempo, la invité a salir y sorprendente, aceptó. La pasamos muy lindo, recorrimos la costanera santafesina, fuimos al Shopping La Ribera, vimos una película, y luego comimos hamburguesas. Fue una noche mágica.

Seguimos escribiéndonos y eso me hacía muy feliz. De repente algo cambió y ya no recibí más mensajes sobre ella. Miles de preguntas sin respuestas inundaron mi mente hasta que el 26 de junio de 2024, el enigma se develó: el amor de mi vida había tenido un accidente y falleció.

Desde aquel día, recorro la costanera santafesina respirando profundamente, sintiendo el aire chocar con mi cara y secar cada lágrima que derraman mis ojos pensando en aquel rostro que jamás olvidaré. ~

Sol Duarte

2do II

Almirante G. Brown N° 331

* * *

Doña Juana y el Puente Colgante

HACE 80 AÑOS ATRÁS, en la ciudad de Santa Fe, vivía Doña Juana Dominguez, era muy conocida por ser curandera. Venían personas de todos los pueblos y ciudades cercanas a hacerle consultas sobre situaciones familiares y laborales.

Doña Juana vivía en plena costanera santafesina y los vecinos no estaban muy de acuerdo con lo que ella hacía, por las largas filas de personas que ocupaban las veredas y calles durante muchas horas diarias.

Un ejemplo, su vecino Bolilla, tan malhumorado, que además sufre de dolores en sus piernas por un accidente laboral.

En el patio de Doña Juana había miles de plantas aromáticas y flores con las que hacía remedios caseros para curar enfermedades.

Las familias se acercaban a hacer consultas sobre culebri-llas, empachos, ardor de quemaduras, ojeaduras, esguinces. Las consultas no tenían valor en pesos, ella lo hacía a cambio de botellas de vino tinto, le gustaba brindar sola después de un día de tantas lecturas.

Todos los fines de semana salía a caminar, cruzaba el puente colgante y siempre dejaba un globo de color azul en agradecimiento a sus poderes a la Laguna Setúbal.

Un sábado de mayo, Doña Juana volvió de su caminata por el puente y al llegar vió que parte de su jardín se estaba incendiando, rápidamente su vecino Don Bolilla fue a ayudarla a apagar el fuego, lamentablemente un gran porcentaje de sus plantas se perdieron, pero al menos esos vecinos pudieron resolver sus diferencias.

Desde entonces el mal humor de Don Bolilla fue empezando a convertirse en felicidad.

Doña Juana con una flor de la planta de hortensias le hizo una crema con la cual sus piernas se fueron mejorando. Juntos empezaron a cruzar el puente, siempre con una sonrisa, porque esos vecinos se convirtieron en grandes amigos. ~

Juliana Peralta

3ro II

Almirante G. Brown N° 331

* * *

La noche de las rebeldes

RISAS Y CHARLAS se oían mezcladas con el ruido de los autos y motos que pasaban por la avenida Almirante Brown. Todos se veían animados, sobre todo los estudiantes de secundaria que habían entrado en vacaciones de verano.

Entre tantas personas había una que esa noche le causaba una gran ilusión. Absolutamente todo eso le parecía fascinante.

Cada dos metros tomaba una foto de cualquier cosa que veía, ya sea árboles, el cielo, los autos, la gente o su mejor amiga, Josefina. Era la primera vez que salía sola y con una amiga, porque la verdad era que nunca la habían dejado salir, ni antes, ni esa noche.

¿No ves? No es tan malo. Y vos que tenías miedo – Le decía Josefina mientras veía la sonrisa imborrable de Antonella. Ambas planearon escaparse esa noche, mientras los padres de Anto estaban en Buenos Aires, para tomar fotos de la costanera de noche, eran las últimas fotos que le faltaban para completar un álbum con sus lugares favoritos de la ciudad.

Era un deseo para Anto, un anhelo. Ella era una chica con un fuerte amor por su ciudad y su patria. Nunca fue desobediente, era lo contrario.

Pero sus padres no entendían lo que ella sentía. Se iban a mudar y no les importaba. En menos de dos meses dejaría la ciudad en la que vivió toda su vida, a su mejor amiga, no estaba lista. Si se iba a ir, se llevaría con ella todo lo que pudiera.

Mientras Josefina iba cantando una canción de Los Palmeras. Anto se había detenido mirando el horizonte la Laguna Setúbal, con sus aguas bajas y apenas con movimiento, el pasto que iba creciendo, quitándole algunos lugares a la arena, niños jugando. Mucho más atrás del agua podía ver las luces del otro lado de la costa... Sentía que podía tocar con sus manos todo aquello, podía abrazarlo.

Esa noche por primera vez hizo lo que quiso, se sentía libre, volaba a pesar de que sus pies estuvieran pegados a la tierra. Levantó la cámara y tomo una foto, hubiera quedado perfecta si hubiera salido la luna y el puente colgante, pero salió el perfil de Jose, así que para ella ya estaba todo.

Con el impulso del momento se aferró a su amiga con todas sus fuerzas mientras lagrimas le salían de los ojos.

Jose le había animado a realizar esa salida y se lo agradeció, le agradecía que siempre la había acompañado en todo.

Anto quería fundirse en ese abrazo, en cambio Jose apenas supo corresponder al abrazo, lo sentimental no era lo suyo.

Una vez que se calmó Josefina le dijo: –Tu amor hacia las cosas es tan grande que traspasa los límites terrenales. Estarás en otro lado y tu cariño en este lugar quedará impregnado aquí y en mí.

Eso la alivió, no sabe por qué. Esa noche le quedó grabada en el fondo de su alma, ya que el amor que siente por su tierra y su amiga es algo que se transforma, se renueva, pero jamás desaparece. ~

Alan Bronzini

4to V

Almirante G. Brown N° 331

* * *

Los susurros en la lluvia

CUANDO LLOVÍA, el pueblo de Monte Vera prefería encerrarse en casa y cerrar todo, ventanas, puertas, rendijas y cada mínimo lugar por el que algo de lluvia podría entrar, ya que consigo esta traía susurros de los que ya no están.

Thomas se había acostumbrado, pues, en cada lluvia desde que tiene nueve años, es habitual que la escuche, pues falleció cuando él tenía dicha edad. Hablo de su madre. Tommy recuerda haber llorado las primeras veces al oír los murmullos y cantos arrulladores de “la morocha” (como le decía su viejo de cariño a su mamá). Pero ahora esperaba ansioso la lluvia.

Esa noche no estaba pronosticado. Llovió. Thomas veía la tele mientras llenaba su olfato con el olor al guiso recalentado de dos días. Su papá no estaba, laburaba de cana y hace bastante no lo veía, le daba igual, no se llevaba del todo bien con él, tenía pocas pulgas. la chapa comenzó a sonar y se pegó un cagazo. Rápidamente se paró y apagó la televisión dejando la casa en silencio con tal de escuchar entre todos los murmullos el de su mamá, pero se llevó una sorpresa al escuchar una segunda voz:

–Thomas...

Era una voz masculina, joven y extrañamente reconfortante, jamás antes la había percibido, un escalofrío recorría toda su espina dorsal.

¿Quién es? – Nadie respondió. Dejando a Thomas con la duda. Las semanas pasaron, las lluvias también. Pero una tormenta mañanera le resolvería esas dudas.

—¿Thomas?

—¡La pucha! ¿Quién sos flaco? —Se levantó, ese día había faltado a la secundaria por la tormenta.

—Gustavo, me llamo Gustavo...

—¿Ceratti? ¿Sos vos? — Tommy se revolvió en las frazadas.

—¿Quién es Gustavo Ceratti? Yo soy Gustavo Louvre Echeverría.

—¿No sabes quién es Gustavo Adrián Ceratti?

Y ahí aparentemente todo miedo por la voz desconocida desapareció. Con el tiempo Thomas supo más cosas de Gustavo. Como que murió a los 16 en 1989, como que tocaba la guitarra en el coro de la iglesia. Como que odiaba los martes y su cumpleaños. Ahora Tommy esperaba las lluvias, no por su madre, sino por escuchar y conocer más sobre el "fantasma" que comenzó a visitarlo por gusto en cada rocío, compartiendo sus gustos, su amor por el arte y cosas que no conocía en vida, como la banda AIRBAG, los celulares o su remera de promoción.

No podía verlo, no podía tocarlo, pero lo sentía, lo sentía con el viento que entraba por la ventana, lo sentía escucharlo. Y por primera vez Thomas, ese chico morocho, flaco y alto sintió que tenía a alguien un amigo en el que confiar, pero éste se iba con la lluvia.

—¿Gustavo? —preguntó Tommy con la voz temblorosa por los nervios.

—Acá estoy... ¿te dieron miedo los truenos de nuevo?

—No, no... pero ¿estás bien? te escucho lejos.

—Es la última vez que nos vemos Tommy.

—¿Por qué?

—Me recordarás, me querés, me enseñaste cosas, es todo lo que quería... Alguien que se acuerde de mí.

—Pero....

—Vas a estar bien...

Por primera vez Thomas sintió su corazón romperse acompañado por una lágrima.

—Te quise mucho, te quiero mucho.

—Yo igual.

La lluvia cesó. Junto con eso las ilusiones de Thomas...

—Me gustás.

No se preocupó mucho más, sabía que pronto estarían juntos como habían prometido, molestando a alguien más en las lluvias de Monte Vera. ~

Nicolás Moreyra

5to I

Almirante G. Brown N° 331

* * *

El puente bajo las estrellas

HABÍAN PASADO cinco años desde que ella falleció. Nos conocimos en uno de los bares de Boulevard, ambos estábamos con nuestros amigos, desde que entró empezamos a mirarnos y sonreírnos, pero sin acercarnos.

La noche avanzaba y esas interacciones entre nosotros seguían y seguían.

Estaba bailando en ronda con mi grupo, hasta que sentí atrás mío una presencia, y era ella, con una pequeña sonrisa y ojos claros.

—Hola, me dice.

—Hola, le respondo sorprendido.

—¿Me pasás tu Instagram?

—Sí, dale.

Esa misma noche, ya en mi casa, tenía un mensaje de ella diciendo que le había parecido lindo y que quería conocerme más.

Toda esa semana mantuvimos el contacto y cuando llegó el finde nos juntamos. Paseábamos por la costa, el puente colgante, mientras reíamos y nos olvidábamos de todo.

Eso se había hecho rutina, nos pusimos de novios, y habíamos puesto un candado con nuestras iniciales en el puente colgante, a los meses me enteré de que estaba enferma, y aproveché ese poco tiempo para estar con ella. Hasta que un día no despertó más.

Hoy después de cinco años me animé a volver al puente colgante, el lugar donde pusimos el candado. Cerré los ojos, aunque ella no estaba acá, sentí que me acompañaba. ~

José Romero

4to IV

Almirante G. Brown N° 331

* * *

Caminata en la costa

CADA TARDE, el chino caminaba solo por la costa, donde el río parecía comerse el sol, al atardecer. Siempre pasaba junto a un viejo farol oxidado que ya no alumbraba, pero que él saludaba como si fuera un viejo amigo.

Una tarde de otoño mientras el viento jugaba con las hojas secas, el farol parpadeó. El chino se detuvo. No había nadie alrededor, solo el murmullo del agua, y ese destello imposible, se acercó. En la base, una pequeña puerta de hierro estaba abierta.

Adentro encontró una nota que decía: "gracias por no olvidarte de mí".

Desde entonces, el farol volvió a encenderse cada noche, solo cuando el chino pasaba y él, aunque nunca entendió del todo lo que había visto, supo que algunos lugares también recuerdan. ~

Gianella Garro Castañeda

5to V

Almirante G. Brown N° 331

* * *

Recuerdos ajenos

ERAN LAS 8 MENOS CUARTO, el sol recién se estaba asomando y me dirigía al Palomar junto a Nerea, mi adorada nieta.

Todos los días nos deteníamos ahí, antes de que entrara al jardín, le compraba un sobrecito de semillas para que alimentara a las palomas mientras yo me sentaba en un banco cercano, mientras la veía corretear a las palomas. De pronto vino a mí un sueño, que más que un sueño se asemejaba a un recuerdo muy vívido. Estaba en un escenario viendo hacia un público que me ovacionaba, no entendía el porqué, pero mi corazón latía y crecía un gran orgullo en mí. Al abrir los ojos estaba Nerea, llamándome para que observará como le daba de comer a una paloma que se posó sobre ella, la felicité y le agarré la mano para dirigirnos al jardín. Ella me hablaba, pero solo podía pensar en ese “recuerdo”. Nunca había estado en un escenario, pero fue una sensación tan emocionante que aún me temblaban las manos.

Al otro día, siguiendo mi rutina, fui al Palomar con Nerea y cuando cerré los ojos estaba en un salón gigante, tomando unos tragos con una mujer con ajustado vestido rojo. Conversamos y nos reíamos; volví a abrir los ojos, pero la emoción seguía, estos recuerdos me hacían sentir vivo aunque no me pertenecieran, me daban una euforia que jamás en mi vida había sentido.

Tuve una vida monótona, fui un simple trabajador y padre de familia, así que estos recuerdos ajenos se convirtieron en una adicción.

Empecé a ir a Palomar todos los días, nuevos recuerdos se presentaban; podía estar en un barco navegando junto a una tripulación, yendo a conciertos, conviviendo con gente desconocida y observando lugares que jamás había pisado. En medio de unos recuerdos mi nieta me estaba llamando, estábamos en mi casa merendando, ella me hablaba de cuando visitamos el circo el mes anterior, no pude responderle porque no podía responderle y era lo único que no recordaba. Me había olvidado varias anécdotas de mi juventud, el nombre de mi yerno y la calle en la que vivía, era como que mi mente expulsara mis recuerdos para que los ajenos se quedarán, entonces decidí dejar de ir al Palomar cuando vi una foto de mi amada ya fallecida y me costó reconocer su rostro. Pero me ganó la tentación y volví.

Entonces me encontré en un desierto caluroso y vacío, me resbalaba el sudor por todo el cuerpo, mi celular sonó e interrumpió el recuerdo, era mi hija que me decía que lo mejor sería que deje de llevar a Nerea al jardín por un tiempo.

Volví a casa y me senté sin saber si estaba en un desierto, en mi casa, o en el Palomar. ~

Milagros Chávez

5to III

Almirante G. Brown N° 331

* * *

Cuando el río suena

EN UN PUEBLO sin nombre de Santa Fe —de esos en que todos se saludan, las bicicletas descansan sobre los árboles y los niños juegan hasta tarde en la calle— vivía Don Ernesto Rivas, un personaje importante en el pueblo. Un señor alto, barba larga y gris, y con un andar lento. Con sus características camisas a cuadro y su mochila con lo necesario para pescar.

No se sabía mucho sobre él, lo recordaban por el trágico momento que le ocurrió de chico.

Un día lluvioso fueron a pescar como de costumbre, se clavaron en su canoa, hasta que una fuerte corriente se llevó a su hermano Julián.

Se lo tragó el agua— fue lo único que dijo ese día.

Ernesto fue al río, colocó su caña en posición, y se sentó sobre su silla de lona a esperar, mirando al horizonte.

—¿Por qué está ahí, si no pescan nada? — Preguntó una niña que pasaba junto a su abuela.

—No está pescando, está escuchando— Dijo doña Lidia, la vecina que más lo conocía.

—El río habla, nena, solo hay que prestar atención— Dijo el don mientras sonreía.

—La historia decía que Ernesto esperaba un silbido desde el horizonte, un sonido suave, casi imperceptible. Un sonido que, según él, era la voz de Julián.

Algunos decían que era un viejo loco al que le estaba afectando la edad o que quedó con un trauma del pasado. Otros decían que era verdad, que lo habían escuchado, no en cualquier momento, sólo en las noches más calmas, cuando todos están durmiendo y la luna se refleja en el agua.

Una tarde llegó Lucía al pueblo, una estudiante de antropología que estaba haciendo un trabajo sobre leyendas.

—¿Puedo sentarme? preguntó Don Ernesto.

—El río no niega, le dijo.

Así pasaron las tardes, Lucía lo acompañaba, charlaban, llevaba su anotador y Ernesto le contaba sus historias, incluyendo la de Julián, le cebaba unos mates.

Hasta que un día llegó, como de costumbre, al lugar donde se reúnen y Ernesto no estaba. Solo estaba su canoa, su caña, su mochila.

Todos en el pueblo se angustiaron. La policía lo buscó. Lucía volvió a Rosario con su anotador lleno y ahora miles de dudas en su cabeza. Nunca publicó el trabajo. Estaba esperando una señal del universo o algo que la hiciera sentir segura de hacerlo.

Años después se la volvía a ver en el mismo lugar donde se juntaba a hablar con Ernesto, junto a su caña, su silla de lona, y ahora una grabadora de voz. Se estaba quedando dormida cuando la brisa de viento golpeó su nuca y junto a ella, un suave silbido. ~

Camila Ayelen Sotelo

5to VII

Almirante G. Brown N° 331

* * *

Cuando el río suena

EN UNA CASA ya algo vieja y destartalada por los años y las múltiples inundaciones por las que pasó, como la que ocurrió en el año 2003, vivía una pareja casada desde hace 8 años, la cual tenía una pequeña niña, su hija de apenas 4 años. Ismael y Lucrecia se habían conocido en el año 2000 y tardaron solo un año en hacerse novios, y a pesar de las adversidades, como que la familia de Ismael no aprobaba a Lucrecia.

Ismael era algo mujeriego y a la chica le advertían sobre las actitudes y comportamientos de su pareja. Ambos se casaron en 2003 y tuvieron, luego de muchos intentos, una hija en 2007.

Ambos amaban a su niña, a su manera, decían que era lo más bonito que les había pasado. Esa niña era la alegría de su pequeña familia, los padres siempre se aseguraban de que a ella nada le faltara. Creaban bonitos momentos con la infante, Lucrecia siempre la mantenía bien vestida y muy bien peinada, además de hacer pequeñas pausas en su labor de ama de casa, cocinando y manteniendo todo listo y en orden para su familia, para poder jugar o pasar tiempo con su pequeña. Ismael, sin embargo, pasaba largas jornadas laborales, y no siempre podía pasar tiempo con su pequeña princesa como a él le hubiera gustado. A pesar de eso, su hija Catalina, lo amaba.

Catalina amaba a su padre, siempre lo esperaba sentadita en su cama por las noches, luego de que su mamá la bañara y le colocara su pijama, con una sonrisa que reflejaba anhelo y emoción, para luego, cuando su papá llegaba, ella corría a sus brazos

y llenaba el rostro del hombre de besos. El hombre, a pesar de los regaños de su esposa sobre no llevar a la niña afuera con el pelo mojado, ya que esta se podía enfermar, él lo ignoraba y llevaba a la niña al jardín de casa, para pasar tiempo juntos y ver algo que su hija amaba, bichitos de luz, o también llamados luciérnagas.

A Catalina se le iluminaban los ojos y reía contenta cada vez que veía a aquellos insectos, por lo cual y como un apodo bonito y con significado, él empezó a llamarla “mi bichito de luz”.

Sin embargo, a pesar de que todos en su barrio, Santa Rosa de Lima, describían a la familia como las personificaciones del amor, la humildad y la unión, a puertas cerradas, sin que nadie lo supiera, la realidad de la familia iba cambiando. Conforme Catalina empezaba a crecer y pasar de la niñez a la preadolescencia y actualmente a la adolescencia, ya casi a la adultez. Tenía 17 años.

La dinámica familiar empezó a cambiar, Lucrecia, antes un ama de casa dedicada a su hogar y su familia ahora era callada, fría y distante, incluso con su propia hija. Dejando de lado las tareas del hogar. Siempre sentada en un sillón en el jardín, fumando en silencio con la mirada perdida. Ismael se dejó de centrar en su trabajo, a pesar de ser el sostén de la familia, ya casi ni estaba en su casa y no pasaba tiempo con su hija. Si estaba en la vivienda solo era para tomar alcohol hasta emborracharse y gritarle cosas denigrantes a su esposa, provocando peleas. Catalina veía todo lo que pasaba en su hogar, o así una vez lo llamó, le dolía ver como sus padres ya no parecían quererse, como su casa se caía a pedazos por vieja y sucia, porque si ella no limpiaba, nadie lo hacía. El único respiro que tenía la chica de su ahora caótica familia era cuando salía con su grupo de amigos o cuando estaba en la escuela. Si no, en su casa siempre se sentía triste, en medio de las peleas de sus padres y la nula atención y cariño que estos le daban.

A la adolescente le dolía mucho el comportamiento de sus progenitores, ella intentaba justificarlos, pensando que ellos quizás solo estaban cansados, y que no era su intención ignorarla o descargar su ira en ella. Pero todo fue en declive cuando Lucrecia se enteró que Ismael le estaba siendo infiel, revelando el porqué de su ausencia, malos tratos y frialdad.

El corazón de la mujer no era el único que se había roto, también el de Catalina, no entendía cómo su padre, el que tanto juró amarlas, ahora las estaba traicionando de esta manera, como el hombre que llamaba a su esposa con miles de nombres cariñosos y a ella "bichito de luz" les estaba haciendo esto. Ya no se sentía como una luciérnaga brillante, con esto se había terminado de apagar, sabiendo que su padre ya no amaba a su mamá, que ambos se divorciarían y que su padre se iría de la casa, completando y dejando un vacío en el corazón de la chica, su hijita, con su ausencia. ~

Antonela Ortiz

5to VII

Almirante G. Brown N° 331

* * *

Camino de tulipanes rojos

GUARDÉ LA ÚLTIMA remera de invierno que me quedaba, es de color rosada y la considero mi favorita. Tomé la maleta que estaba en el suelo de mi cuarto el cual, a partir de ahora, estará deshabitado.

Mi madre se paró en la puerta de mi espacio seguro, se apoyó en el marco con los brazos cruzados para luego empezar a darme el típico discurso de cuando era pequeña y me iba de viaje escolar.

—¿Te llevás el abrigo que te compramos con papá para tu cumpleaños?

Moví la cabeza de arriba hacia abajo repetidas veces, dándole una respuesta positiva.

—¿Estás segura de irte? Mirá que hoy hice un estofado que te vas a perder.

Sabía que me lo estaba haciendo a propósito. Ella quiere que me quede.

—Tranqui má, voy a estar bien, te lo prometo. Celeste sabe conducir bien. Estoy en buenas manos.

—Ya sé que puedo confiar en ella, pero, como últimamente andan complicadas ustedes dos.

—El viaje es justo por eso ma.

Mi mamá, no tan convencida, soltó un suspiro y abandonó la habitación.

Sin darle tanta importancia a eso, agarré mis cosas y me despedí de ella con un abrazo, asegurándole que le iba a escribir al llegar a destino.

Noté que el auto de mi pareja se estacionó enfrente de mi casa, me subí en el asiento del acompañante y por fin, iniciamos nuestro camino.

El cielo se tiñó de un color azul oscuro, la estrella estaba sobre él, brillando sin problemas a opacarlo. Nosotras estábamos pasando por la ruta 168, miré por la ventanilla, admirando el agua que estaba por debajo del puente y aquellas plantas verdes que lo cubrían. De cierta forma, pasar por allí, me daba mucha calma. Por lo menos hasta que el tema salió a flote.

—¿Pensás explicarme por qué me ignoraste ayer?

Esa simple pregunta fue la que desató una de nuestras peores peleas.

Al estar tan distraída, no notamos que otro auto venía a nuestra dirección, completamente fuera de control, era como si el conductor se hubiera dormido. Lo último que vi fue una luz resplandeciente, que luego se convirtió en oscuridad.

Desperté debido al dolor que había en mi cuerpo y lo primero que hice fue buscar a Celeste. Como si fuera coincidencia, logré verla y ella a mí. Ambas nos levantamos del suelo, el cual estaba repleto de tulipanes rojos, pero poco me importó, yo solo quería abrazarla.

Luego de nuestro reencuentro, notamos que una criatura pequeña nos estaba observando. Lejos de provocarnos miedo, fue la confusión la que inundó nuestro organismo. Sin dudarlos nos acercamos a él, pero éste estaba interesado en mi novia, la tomó de la mano y empezó a correr junto con ella hacia un lugar desconocido.

A pesar de que intenté seguirlos, lo único que observé, fue caerme en el camino repleto de tulipanes y luego, volví a ver la oscuridad.

El ruido de una máquina fue lo primero que escuché, al despertar, miré por todos lados. Estaba en un hospital.

—Hija te dije que tengas cuidado.

—¿Qué hago acá? ¿Por qué estoy en este lugar?

—Tuviste un accidente mi vida.

Al escuchar la palabra “accidente” Celeste pasó por mi cabeza e inmediatamente pregunté por ella. Mi mamá, al principio dudó, pero finalmente me dio la noticia de que el amor de mi vida había fallecido.

Ella me dejó sola en la habitación para que pueda asimilar la noticia. Las lágrimas caían sin parar y por simple inercia giré la cabeza hacia la mesa que estaba a un lado de mi camilla. Allí noté que había un tulipán de color rojo, muy hermoso, era igual al de mi sueño.

Aunque lo que ví, ¿Podría considerarlo un sueño?. ~

Willianny Peñaloza

5to VII

Almirante G. Brown N° 331

* * *

Frenesí

EN LAS LARGAS CALLES de Santa Fe, me encontré a mí misma inmersa en la nostalgia, caminando sin rumbo, como un astronauta explorando la luna. Algo en esta ciudad había cambiado...

Se dice que el universo es como el individuo mismo, que fue concebido y, así como empieza, termina en un holocausto, muere.

“Me hubiera gustado vivir más” Pensé en el camino. Lo único que deseaba era volver a estar en el teatro Municipal con mi madre, donde las paredes me abrazaban y la música me llenaba el alma. También visitar los laboratorios de la UTN, donde la incertidumbre de explorar más allá era constante.

Así como comenzó mi historia, terminó y con ella se fueron todos los recuerdos; los primeros amores, las salidas escolares, los cielos nocturnos, el deseo de un mundo mejor.

Frente a mis ojos como una estrella fugaz, me alejé del frenesí de la ciudad.

Recordando que un día nací y viví, volví a ser feliz. En mis pensamientos ya no había día lluvioso que me atormentara, por el contrario, las vías que recorrí se tiñeron de colores y las estrellas brillaron más que nunca.

Me envolvió la exaltación y mis emociones desenfrenadas se apoderaron de mí.

—¿Cuánto tiempo había pasado?

—¿Cuántos pasos tendré que dar para volver a empezar?. ~

Zaira Pérez Cechetto

5to I

Almirante G. Brown N° 331

* * *

Una noche estrellada en la costa

ESA NOCHE EN LA COSTA, con el cielo lleno de estrellas, con una paz que solo ese momento pudo darme.

El sol recién termina de esconderse dejando con él un atardecer hermoso, reflejado en sus ojos oscuros, tiñéndolos de un naranja intenso.

Las luces de la ciudad se ven brillantes en tanta oscuridad simulando ser las estrellas del cielo o tal vez la que estaba en el cielo era yo.

Nos encontramos envueltos entre risas y anécdotas confesándonos la vida, contándonos cosas que solo nosotros entendemos.

Nos entendemos, nos miramos, la veo y a sus hermosos ojos, los cuales me di cuenta de que son las estrellas, tan brillantes, que me iluminan y me entienden, me comprenden.

Se nos pasó el tiempo, muchas horas que parecieron solo un segundo, el cálido viento de la mañana nos pegó en la cara haciendo que la noche estrellada sea más que mirar las estrellas.

Y llegó la hora de esa triste despedida, la noche terminó junto con nosotros, pero las estrellas siguen ahí enfrente de mí, iluminando este recuerdo, porque es solo eso.

Pero fuimos eternos en ese fugaz momento. ~

Morena Mansilla

5to II

Almirante G. Brown N° 331

* * *

Amor compartido

UN DÍA en Santa Fe capital, en la escuela Almirante Brown, se conocieron dos chicos: Catalina y Tomás. Los dos van a distintos cursos, pero tienen amigos en común y siempre se juntaban todos juntos.

Catalina se había enamorado de Tomás, por su forma de ser, porque compartían el mismo humor y porque juntos la pasaban bien. Pero lo que ella no sabía era que él tenía novia, y él no contaba nada sobre su novia.

Una tarde los chicos organizaron una salida a la costanera a tomar mates, pero a su salida fueron Catalina y Tomás solos. Ese día, algo entre ellos dos iba a pasar.

Esa tarde llegaron, se saludaron, y empezaron a hablar. En un momento casi se dieron un beso, pero Catalina lo corrió y le dijo: espera tenemos que hablar. Fue ahí donde le dijo todo lo que ella sentía y él le respondió que también sentía cosas por ella.

Siguieron hablando y llegaron al acuerdo de estar juntos. Catalina estaba feliz porque lo amaba. Estuvieron saliendo por un mes, entre risas, salidas y amor.

Un día salieron de la escuela juntos, los estaba esperando la novia de Tomás. Ahí Catalina se entera de todo y le pide explicación a Tomás y él le dice: perdón no las podía dejar a ninguna de las dos. Estoy enamorado de las dos, entiéndanme. Catalina agarra y se va triste porque no puede creer y tiene la certeza que ya no podrá seguir confiando en él. ~

Mía de Biasse

2do IV

Almirante G. Brown N° 331

* * *

La casa embrujada de Santa Fe

EN LA CIUDAD de Santa Fe existe una casa de aspecto terrorífico que llamaba la atención de muchas personas.

El miércoles 23 de noviembre del 2003 se encontraban niños jugando al fútbol. Esa tarde los pequeños entraron por curiosidad a la casa y, sintiendo una presencia extraña, decidieron subir a la planta alta de esa propiedad. Se encontraron con una muchacha de rasgos de ojos pequeños, parecía que hacía días que no se alimentaba. Los pequeños quedaron impactados por ese suceso. Al decidir irse del lugar muy asustados, fueron inmediatamente a contarle a sus padres. Los adultos miraron a los niños y soltaron un “son cosas de niños, déjalos, es solo su imaginación”.

Los niños se fueron muy enojados de ahí diciendo que ellos no estaban locos, simplemente tuvieron un suceso paranormal.

Pasaron los meses, los días, hasta que un día un niño estaba andando en bici enfrente de esa casa y hubo una gran tragedia. Un camionero manejó hacia donde estaba el niño y lamentablemente pisó las pequeñas piernas del niño. Enseguida el hombre bajó del camión, cuando vio al niño en ese estado sufrió demasiado. Al ver lo que le hizo al pequeño inocente inmediatamente llegó la policía, preguntaron lo que sucedió al respecto. El hombre relató que sintió que algo lo controlaba. Los policías lo tomaron por loco y enseguida lo llevaron detenido. Los niños que habían

entrado a la casa les dijeron a sus padres que lo que controlaba al camión era lo mismo que ellos habían visto.

Por todo lo sucedido, los padres decidieron alejar a los niños de esa casa y nadie más supo lo acontecido allí, dejando librado al azar que algún otro suceso así se repita. ~

Isaías Cáceres

4to III

Almirante G. Brown N° 331

* * *

Atardecer

“EL AMOR LLEGA PARA CUALQUIERA, siendo capaz de hacer milagros”. Eso dicen, habiendo miles de parejas en esta ciudad tan activa. Hoy fui testigo de una que me hizo creer que el amor sigue vivo.

Todas las tardes, desde hace tres semanas, como si fuera lo más normal del mundo, siempre veo a un muchacho joven de unos 30 años, siempre bien vestido y hablando solo... o como si alguien tuviera una conversación con él.

Sin dudarlo un 7 de febrero me acerqué, con el fin de saber si necesitaba algo... todavía me preguntan quién lo traía a esa zona de la costanera santafesina.

—¿Pasa algo? siempre te veo conversar solo —pregunté y el chico guardando silencio, un silencio que dio a entender que interrumpí algo.

—No, nada.... Muchas gracias. —Dijo con los ojos entre cerrados y girando la cabeza hacia mí, terminando con una pregunta que me hizo tener una idea: alguien anda enamorado.

—¿Me leerías una carta?

—Claro, decime... ¿la tenés? — antes de terminar, sacó un sobre y estiró la mano para que lo recibiera, la abrí rápido y le di una lectura de corrido... ¿Una carta de despedida?

“Tiziano, sé que seguís en la banca esperando, para que llegue y te cuente cómo muere el día... Pero me alejé, te encanta preguntar sobre el mundo, hablar de mi vida y contarme lo bonito del amor.

Pero no se va a poder más, sinceramente lograste darme una última alegría antes de irme, supongo que volviste al banco a ver el atardecer, ese que con mi voz te conté... Porque yo fui tus ojos”.

SOFÍA

Solo fui testigo por casualidad, ella ya no estaba en este plano... Él solo sollozaba, me miró, sonrió y me dijo:

–Para mí siempre es de noche... Pero esta noche es un atardecer, ella desde el primer día logró que me aferre a la vida.

Tomó aire, más lágrimas caían, alguien lo amó a pesar de su condición. Y no volverá a perderse en la noche, nunca más, porque comprendió que hoy su alma brilla con más fuerza que un millón de soles...

Después, acarició mi rostro, tomó su bastón y se marchó por la Avenida Siete Jefes, yo seguí por mi camino volviendo a mi casa... Miré el atardecer y vi lo que Tiziano entendía en las palabras de Sofía.

El amor llega para todos, siendo capaz de hacer milagros –murmuré y continué caminando hacia el atardecer pensando en cómo muere el día uniéndose con el atardecer de Sofía. ~

Huilén Rodríguez

5to VII

Almirante G. Brown N° 331

* * *

Blanco

LA COSTANERA ESTE, esa extensión de tierra que cruzando el inmenso y colorido puente colgante se halla repleta de arena, pavimento, árboles risueños e instalaciones. Ese lugar, mi lugar, que de día es uno y de noche es otro, es el personaje principal de mi vida desde hace 3 meses; el constante insomnio, el exceso de cafeína y la abrumadora sensación de sentirme ajena a mí misma como es la causa del deterioro mental hoy presente.

Desde que empecé la facultad comenzó el declive, abandoné mi casa, murió mi perro, dejé de vivir, comencé a sobrevivir. Al principio las visitas a la costa eran ocasionales, salía del departamento a caminar y al llegar al puente pegaba la vuelta, en medio tenía una disociación de al menos una hora mirando al otro lado del agua, al este, pensando, solo pensando, curiosa y miedosa. Sin embargo, con el tiempo se convirtió en una necesidad, en una sensación latente y leve taquicardia que me incitaba a cruzar, y lo hice. Era hermoso, la noche adornaba la calle empañada, el ruido del mundo se silenciaba, el viento y los árboles emanaban compañía, en mi ser un sentimiento de comodidad, pero también de déjà vu.

—¿Aixa, me estás escuchando por el amor de Dios?

—Sí... sí, ¿terminamos? —respondí acomodándome en la silla del comedor.

—Que sí, ni que ocho cuartos, Aixa, es la quinta vez que te llevan en auto de policía hasta la puerta de mi casa, ¡en el mes! 4 de la mañana, 4 de la mañana! ¡¿qué tenés en la cabeza?!

—Ya sé, estoy consciente, mamá.

—¡No! ese es el problema, pareces una loca caminando de acá para allá por toda la costanera, mira esas ojeras, no das más.

Hubo un silencio en la habitación. Ya sabía, irónicamente, soy consciente de que cuando pierdo la conciencia, no niego mi problema, quiero solucionarlo.

—¿Y qué es eso de la figura blanca, eh? Aixa, están pensando en internarte.

Tres días después estaba otra vez allí, la figura blanca luminosa me observaba al final del camino, ¿la debía seguir? no, cómo la quería seguir. Por alguna razón irradiaba algo, no sabía que era, pero no algo malo, sin duda.

Quería pensar en mi mamá, quería pensar en mí, quería... tocarla. De un momento a otro la figura comenzó a correr hacia mí, no me moví, con la mirada cansada la esperé y al chocar la reconocí; Ana, mi chiquita, con su carita regordeta y pelos castaños, tenía un aspecto de adulta, cómo el mío, cómo si hubiera podido llegar a esta edad. La abracé, llorando desquiciadamente, los traumas de aquel día pasaban como flashes en mi cabeza; Las dos yendo a la arena a jugar un rato, yo proponiendo la idea de ver quién aguantaba más debajo del agua, yo saliendo a la superficie, ella desapareciendo en el agua, en la noche, en la costa santafesina.

La idea de revivir esa noche era como mil agujas en mis ojos, la culpa me había obligado a años de terapia, aislamiento absoluto del tema y del lugar, pero ahí estaba otra vez con ella, las pastillas nos habían alejado. Las pastillas que nos habían alejado ya no las tomaba, estábamos juntas, brillaba más que nunca, sus destellos me hipnotizaron, me hablaba sin decir: Perdóname, hermanita, nunca más te voy a barrer bajo la alfombra.

Le sonreí y de la mano caminamos a la orilla, con calma y delicadeza nos hundimos, y viendo las estrellas y sus manos ahogándome en el agua por fin pude cerrar los ojos y ver ese negro absoluto y constante del río donde juntas nos quedamos. ~

Nahia Capocasa

5to V

Almirante G. Brown N° 331

Un lugar de desencuentro

EL PUERTO, un lugar sereno y romántico, especial para conocer gente. Mila es una chica que siempre se veía triste y la mayor cantidad de tiempo estaba sola. Su lugar favorito era el puerto, el camino hasta el lugar era algo que le relajaba y sentarse a mirar el río le encantaba, analizar el movimiento del agua, ver Alto Verde, prestar la atención a los pescadores y gentes que gente que pasaba por ahí

Un día rutinario como cualquier otro, Mila estaba sentada debajo de un árbol y le llamó la atención un chico que se acercaba a ella, era rubio ceniza, alto y con unos ojos verdes muy llamativos, no eran muy claros, pero llamaban intensamente la atención.

No se debe estar acercando a mí, tengo que dejar de imaginarme cosas —pensó la joven. Al segundo que ella dejó de pensar en eso, él se sentó a su lado. La saludó con una voz cálida y la miró atentamente con esos ojos penetrantes, su nombre era Ignacio, Nacho para la gente cercana, él le pidió que lo llame así, le contó que desde hace un tiempo ambos venían haciendo la misma rutina, pero ella no se había dado cuenta, estuvieron hablando hasta el anochecer, riéndose y encontrando coincidencia entre sus vidas.

Al caer el sol se despidieron, cada uno se fue para distintos lados, volviendo a sus aburridas casas.

Nacho era un chico tranquilo y despreocupado, le encantaba hacer reír a los demás, aunque él se sintiera mal. Su lugar favorito era el puerto como al igual que Mila encontraban paz allí. Pensaba

que el lugar aumentaba su belleza en otoño, con las hojas secas y de color en el suelo, el viento fresco lo hacía poder respirar. Le habló a Mila un día de otoño y todos los demás días de la semana menos los domingos se veían allí, bajo ese árbol como la primera vez. Entre risas y charlas se fueron enamorando, quizás era muy pronto, pero ellos sentían todo tan intensamente que no les importó

El tiempo pasó y ellos siguieron estando juntos. Nacho la ayudó mucho, ella dejó de ser esa chica triste y apagada, por primera vez su rostro se veía iluminado. Pero ¿quién lo ayudaba a él?

Un domingo a 4 meses de haberse conocido él fue al puerto, era un día triste, el cielo estaba gris, el río se veía oscuro por el reflejo del cielo, el color de las hojas se veía más llamativa. El domingo ellos no se veían, pero él fue a dejar algo, una carta, con la intención de que Mila la vea al otro día.

El lunes Mila llegó como cualquier otro día, estaba feliz, había hablado con su familia sobre él y le dieron la buena noticia de que lo querían conocer, que podía ir a su casa. Cuando llegó notó algo raro, él no estaba, siempre llegaba antes. Pensó que capaz llegaba tarde, se sentó y lo esperó, estuvo tanto tiempo ahí que la noche la había alcanzado, frustrada y preocupada se levantó decidida a irse. En la rama del árbol vio algo blanco como un sobre. Lo agarró y vio que estaba firmado a nombre de Nacho, su corazón se aceleró. "Mila, mi cielo, fuiste lo mejor que me pudo pasar en los últimos momentos de mi vida. Pensé en quedarme... ~

María Pilar Beckler

5to II

Almirante G. Brown N° 331

* * *

Compañeros en el apocalipsis

EN UN MUNDO POSTAPOCALÍPTICO, una chica de 16 años llamada Yelena camina por la peatonal del centro santafesino, con su perro. Ambos atentos a las mascotas que podían salir en cualquier momento, buscaban silenciosamente provisiones por algún local.

En una esquina había un drugstore que parecía no estar más saqueado, el perro algo viejo pero vivaz entró primero con cautela, miró por los lados y no sentía ni olía ninguna presencia. Todavía con duda, Yelena miró los desechos tirados, comida echada en el suelo hasta que el perro ladró. Fue ella con él, resulta que encontró latas con comida. Ambos celebraron el hallazgo. Yelena abrió con un cuchillo dos latas de atún para cada uno, se sentaron en el mismo pasillo teniendo un momento de alegría en tanto tiempo, pero solo 5' duró, puesto que los monstruos estaban por entrar con sus ojos brillosos y bocas de forma circular. Yelena agarró la comida que pudo, corrió con el perro hasta atrás del local buscando una salida de emergencia, los monstruos ya estaban cerca; justo pensando que se iba a morir, el perro encontró la salida detrás de una estantería. Ambos salieron, cerrando la puerta, trabándola con un palo roto que había en el piso.

Corrieron derecho hacia la plaza Alberdi, sin mirar atrás, pasando por los juegos. El perro se tropezó lastimándose, Yelena lo carga en sus brazos para subir al puente peatonal y esconderse

detrás. En silencio, los dos se sientan, cautelosamente Yelena trata de curar la pata del perro, sacando una venda. Ella lo hidrata con agua, luego toma un poco para seguir subiendo el puente ya que no escuchó cerca los monstruos.

Mientras caminaban hacia el shopping La Ribera, el perro se curaba de a poco. En su camino cruzaban monstruos, pero estaban algo moribundos así que, Yelena los golpeaba, dejándolos tirados inconscientes.

Para no arriesgarse rodearon el shopping alertándose que no hubiera monstruos. Llegando al puerto se sentaron enfrente de las barandas, admirando la laguna tóxica. El día se estaba oscureciendo. Yelena se “descomponía”, sus venas se marcaban por todo el cuerpo, quedando su piel medio verdosa y su perro tenía los ojos negros. Aunque resistieron, la infección estaba en su última fase no sabían lo que les esperaba.

A los minutos llegaron los “monstruos”, detrás de ellos yacían unos hombres con máscaras y apuntándolos con armas gritaron:

—¡Alto ahí, ríndanse! —Ninguno se movió, solo se abrazaron esperando el final de su día.

Entonces Yelena no pudo no pensar que en el puerto de Santa Fe siempre terminaban sus juntadas y hoy se quedaría con su vida... ~

Thiago Quiroga

5to VI

Almirante G. Brown N° 331

* * *

El río que llora

EN LA CIUDAD DE SANTA FE, donde el mate abunda y la gente se apresura, se cuenta la leyenda del río que llora.

Esta leyenda comienza en una noche sombría, con dos amigos que un día se fueron a pescar al Río Salado, pero algo ocurrió, el río levantaría más olas de lo casual, el ambiente se tornaría pesado, el lugar se tapanía de niebla, y el viento corriendo por las calles con un silbido aterrador.

Todo esto extrañó a los amigos y sabiendo que algo sucedería, decidieron irse. Al volver del lugar pasaron por el Puente Colgante, pero algo ocurriría, las luces parpadearon como si anduvieran mal, entonces el río levantó olas muy fuertes, el viento comenzó a soplar como si de una tormenta se tratara.

Todo esto aterró a los jóvenes al no saber lo que sucedería, pero de repente todo para. El viento deja de soplar, las olas paran, pero las luces se apagan, de repente un manto proveniente de lo profundo del río, los dos chicos aterrados por lo que sucedía se acercaron al borde del puente, el llanto se intensificó con cada segundo que pasaba, a varios metros de distancia de los jóvenes una mujer con un vestido blanco aparece entre la niebla pidiendo ayuda mientras se ponía al borde del puente. Los dos chicos al ver esto corrieron hacia la mujer, pero esta se tira del lugar antes que lleguen. Al ver esto los amigos sin dudarle se tiraron al río a rescatarla, pero estos chicos jamás salieron de ahí.

La familia de los jóvenes, al ver que estos jamás llegaron a sus casas, llamaron a la policía y los buscaron por todo el río, pero lo único que encontraron fueron las cañas de pescar en el puente.

Se dice, por las calles del Barrio El Pozo que la historia del río que llora es cierta y no debes estar solo por la calle en noches de tormenta porque el río te atrapa y te lleva. ~

Virginia Mierke

3ro II

Almirante G. Brown N° 331

Blak Swan

AMO EL BALLEt desde que tengo memoria, pero ese accidente me arrebató lo que más amo. Era inevitable imaginarme delante de toda una audiencia alabando mis suaves y delicados pasos, mi cuerpo sintiendo escalofríos de placer, el placer de bailar. Es mi sueño avanzar en el gran teatro El círculo en Rosario. El rojo aterciopelado de sus asientos, lo dorado de su techo, luces resplandecientes y un público espectacular, pero creo que ese sueño no se cumplirá.

A los 7 años mi entrenamiento era jugar con muñecas y salir con mi mamá y papá a la costanera. Sentía, y siento, una pasión por verlos atardeceres en la costanera, como sus colores se proyectan también en la laguna, la laguna Setúbal, las luces brillantes del puente colgante iluminando el paso de los vehículos, simplemente perfecto. Volviendo a mi casa, mis padres hablaron de inscribirme a algún deporte, danza u otra actividad. Mi mamá se acordó que su amiga le comentó sobre ballet, averiguaron, me inscribieron, probé la primera clase y lo amé como nunca lo dejé... hasta ese trágico día.

Llevaba 11 años practicándolo. El año pasado, a fines de junio, me encontraba practicando para mi siguiente clase de ballet cuando no logré ver uno de los juguetes de mi hermano y caí de espaldas. De un momento a otro siento un dolor agudo en mi pie derecho y comienzo a gritar. El médico nos dijo que yo tenía un esguince grave, es una rotura completa o parcial de los tendones, que son tejidos que unen el hueso y la articulación, me cayó como

agua fría. Cuando el doctor dijo que tendría que dejar el ballet, fue muy grave. El mundo se me vino abajo, me sentía hundida en una profunda agonía. Todos los días siento escalofríos de bronca por todo el cuerpo. Si tan solo hubiera visto ese juguete o ese mueble, lo hubiera cambiado de lugar. Todo sería distinto. Creo que esta es mi primera muerte, pasó lo que más me temía, perder lo que soy, perder mi identidad.

“Un bailarín muere dos veces, la primera cuando deja de bailar, y esta primera muerte es la más dolorosa” Marta Graham. ~

*

Dr. Nicolás Avellaneda
N° 478

Elías Ackerman

2do 8va

Dr. Nicolás Avellaneda N° 478

* * *

A destiempo

ERA UNA MAÑANA FRÍA en Santa Fe. Clara abrió el buzón como de costumbre cada día, sin esperar más que facturas, publicidades o folletos sin importancia. Pero algo llamó su atención, era un sobre beige, sin sello, sin remitente, sin nada. Muchos pensamientos le sobrevinieron, no sabía qué iba a encontrar ahí, en ese misterioso y añejo sobre.

Al abrirlo se dio cuenta que la caligrafía era vieja y contenía una sola hoja doblada en cuatro, con tinta desvanecida por los años, en algunas partes casi borrada. Aun así, pudo leer: "Clara, no morí como te dijeron. Hubo un pacto. Te lo ocultaron para protegerte. Pero ya es hora de que lo sepas. En la estación Belgrano, en un viejo banco de madera está la llave. Te pertenece a vos y a la verdad".

Nada más, ni firma, ni fecha. Solo ese texto. Solo esa certeza de que su mundo fue construido alrededor de la ausencia de su madre. Clara había crecido y con ella también creció la historia de que su madre había muerto en un accidente, cuando ella tenía apenas 3 años.

Clara sintió un hueco en el pecho. Su madre ¿estaba viva?, ¿vivió tantos años engañada?, ¿cuál era ese "pacto"? Tan pocas palabras para tantos interrogantes.

Esa misma tarde fue hasta la Estación, a buscar ese banco de madera. Debajo, casi enterrado, como decía la carta, encontró una pequeña caja. Adentro, una llave y una foto de su madre, sonriendo junto a un hombre desconocido.

Ya no tenía dudas, esa foto era la clave. Le habían mentido, todos en todo.

Pero ahora tenía algo más fuerte que el dolor, el deseo de descubrir a dónde la llevaría esa llave. Posiblemente hacia una puerta, tal vez hacia un cofre, hacia una cerradura que abriría todos sus caminos... ~

Elías Ackerman

2do 8va

Dr. Nicolás Avellaneda N° 478

* * *

El poder de escribir

ADA, una chica que vivía en un pueblo, no muy lejano, pero sí muy aislado, llamado Santa Fe de la Vera Cruz. Allí era donde las mujeres no podían aprender a leer ni a escribir. Les decían que sus palabras no eran importantes, que solo los hombres podían contar historias. Pero Ada no se rindió. De noche, cuando todos dormían ella leía libros y escribía en pedacitos de papel que guardaba bajo su cama. Lo que escribía no era cualquier cosa: eran historias sobre chicas valientes, sobre justicia y sobre cómo cambiar las cosas.

Un día, sus escritos empezaron a aparecer por todo el pueblo. Alguien los encontraba y los pasaba persona por persona, Y así, las palabras de Ada comenzaron a viajar. Las mujeres del pueblo comenzaron a leerlas en secreto. Empezaron a creer que ellas también podían ser fuertes. Empezaron a soñar con un mundo diferente.

El gobernante más importante del pueblo, cuando se enteró se enojó terriblemente. "Quién se atreve a escribir estas cosas" dijo él.

Los guardias buscaron por todos lados hasta que encontraron a Ada.

Pensaron que sería fácil asustarla, pero no. Ada sabía algo que ellos no. Una mujer que escribe tiene poder. Una mujer con poder es temida.

Aunque quisieron borrar sus palabras, ya era tarde. Las otras mujeres ya las habían memorizado. Ellas siguieron su paso

de escribir. Ada no necesitó espada ni castillo. Su arma fue la pluma. Y gracias a ella las mujeres comenzaron a escribir sus propias historias.

Desde ese día, Ada ya no pudo volver a casa. Sabía que la estaban buscando, pero no le importó, lo que quería era que sus palabras viajaran.

Se escondió en los campos más remotos, en la llanura más indómita. Y allí conoció a más mujeres que querían aprender a leer y a escribir. Algunas venían de muy lejos, todas habían escuchado las historias de Ada. Todas querían cambiar al pueblo.

Así que Ada comenzó a enseñarles. Les mostró cómo tomar una pluma, cómo armar palabras. Una por una empezaron a escribir sus propias historias: de dolor, de justicia, de injusticias, de sueños y libertades.

Las hojas empezaron a aparecer en plazas, mercados, escuelas, nadie sabía quién las dejaba, pero todos las leían.

El gobernante intentó detenerlas. Quemó libros, cerró escuelas y puso más seguridad en las calles. Pero más rápido las prohibía, más rápido se esparcían las palabras, porque ya no era Ada sola, eran muchas.

Las mujeres ya no se escondían más, empezaron a reunirse en grupos y a leer en voz alta, ya no tenían miedo.

Ada, desde lejos sonreía. Ella había comenzado la chispa, pero ahora el fuego era de todas.

Con el tiempo el gobernante renunció. No con guerra ni con espada, sino por revolución. El pueblo cambió, se abrieron las escuelas, se escribieron nuevas leyes. Y en una plaza hicieron una estatua con una mujer con una pluma en la mano.

Nadie olvidó su nombre: "Ada".

La chica que escribió, la que tuvo poder, la chica que nunca fue silenciada.

Porque las palabras, una vez que salen al mundo, ya no pueden ser cerradas. ~

Elías Ackerman

2do 8va

Dr. Nicolás Avellaneda N° 478

* * *

El primer mundo

NO FUE HACE MUCHO que en esta ciudad, en Santa Fe, se alentó a jóvenes a escribir historias imaginadas, salidas desde lo más profundo de sus corazones, inspiradas por sus deseos y pensamientos. A una chica en particular, no le gustó esto, hasta que descubrió el gran poder de su imaginación. Ahora su mente está plagada de grandes historias y personajes ficticios que las protagonizan. Pero, como dije antes, no siempre fue así.

Antes de todo lo que hay y habrá en su gran colección de historias, había un vacío cubierto de una densa capa de oscuridad, las tinieblas absorbían toda la luz antes que siquiera se generara. Pero un día, una luz logró permanecer viva, era una llama de fuego la cual, tenía tanto poder como para soportar e iluminar entre esas tinieblas densas y pesadas. La llama creció y creció hasta crear una explosión que logró iluminar todo ese espacio por unos segundos.

La luz blanca que derrotó a la oscuridad se apagó a los pocos segundos, pero la oscuridad realmente se extinguió, dejando un vacío fértil, un pasillo interminable de esperanza que, en su centro, reavivó a la llama de fuego, siendo ahora de un color blanco con un suave contorno cian.

Sin embargo, la llama no solo cambió de color, sino que se llenó de vida y magia. Al poco tiempo, la llama adoptó una forma y la capacidad de pensar y razonar, como una entidad viva. Con sus poderes, logró crear vida, tierras y todo organismo vivo que pudiera imaginar.

La llama creó una raza en particular, con criaturas hechas a su imagen, a las cuales les dio el poder de la razón, haciéndolos similares a los humanos, pero con cuerpos de fuego blanco y ojos de un color único, con la habilidad de iluminar con el fuego sus cuerpos.

Estos seres evolucionaron y se unieron en un mismo sector de su tierra, formaron un pueblo y crecieron alabando a la llama de fuego como si fuera una deidad. La llamaban de muchas formas, pero la más común era "Autora". Se dice que la Autora dio origen al universo... o al menos eso dice la leyenda.

Como parte de esta especie de gente de fuego blanco, he tenido que vivir toda mi vida escuchando esta historia, no me importó mucho hasta el momento en que el líder murió y es que, según las creencias de los ancestros, los líderes se escogen por medio de una marca en los ojos que aparece usualmente en un joven de alrededor de 16 años. Y ahí es donde comienzo a tener relevancia en la historia, ya que, aunque no creía mucho en la Autora, todos comenzaron a acercarse, señalándome como La Elegida.

Si ya demasiada molestia es no tener un nombre propio gracias a la costumbre cultural de hacernos llamar por nuestro color de ojos. Odio tener que llamar "azul" a mi padre o "verde" a mi madre y esto añadía mucho más estrés del que podía soportar en ese momento, así que hui.

Salí corriendo de mi casa, escapé fuera de los límites del pueblo, estaba cansada y furiosa. Mientras corría pensaba en cómo podría escaparme de todos ellos, caí en una gran fosa, caí al vacío. Pensé que estaría cayendo durante el resto de la eternidad, pero aterricé en aguas poco profundas, era un río oscuro que me arrastraba suavemente hacia el interior de una cueva.

Encendí un fuego en mi mano para iluminar el interior y vi marcas en paredes y techos, parecían tres lenguas distintas en cada parte de la cueva. Luego de un rato el río desembocó en una extraña laguna perfectamente circular con una plataforma de piedra en el centro, la curiosidad me invadió y subí a la piedra,

en ella vi una fogata con una especie de flor en medio de la leña: la flor tenía pétalos blancos, con estambres y pistilo color cian.

Confundida y maravillada por esa flor, acerqué mi mano con fuego para encender la fogata, pero la cabeza de la flor se levantó con un tallo emergente y el tallo con hojas y espinas blancas relucía en la oscuridad. Me quedé impactada al ver la planta que acababa de emerger de la nada, más aún al ver que las flores en ella se incendiaban, el fuego era blanco y se esparcía por toda la planta mientras sus tallos se enroscaban, tomando una forma humanoide. En ese momento lo entendí, al ver sus ojos cian formándose entre su cuerpo de fuego no tuve dudas, estaba frente a la Autora en persona.

Esa diosa en la que no estaba segura si creer o no estaba frente a mí, mirándome fijamente a los ojos, pero había algo en su mirada que me calmaba, sus ojos con un brillo tenue, su mirada suave hizo que me tranquilice y no pierda el control.

Traté de explicarle mi situación, pero lo único que hizo fue acercarse y abrazarme, su calor me envolvió y me dio seguridad y su cariño me consoló. Luego oí su voz diciendo: "Te elegí porque vos sola tenés el poder de liderar y cuidar a estas criaturas, te creé para eso".

No pude creer lo que escuché, es como si me hubiera dado toda la confianza que me faltaba en mi misma y en el resto de mi gente. Sentí la necesidad de volver y tomar mi cargo así que no dudé y volví al pueblo, sintiendo que por una vez en mi vida todo tenía sentido.

La alegría duró unos tres minutos, al llegar al pueblo, los habitantes ya habían elegido a su jefa, una chica había pintado sus ojos con una marca y había reclamado mi trono. Ella no era cualquier chica, era conocida por ser engreída y controladora, y con todo el poder en el pueblo, era una tirana dictadora, que mataba o encerraba a cualquiera que no la siguiera o no cumpliera sus caprichos. Pero lo peor es que por el solo hecho de que ella sea la jefa del pueblo, todos sus habitantes estaban de acuerdo con su gobierno tiránico y criticaban a los pocos que estábamos en su contra.

Al llegar, recluté a los que estaban en su contra, eran solo cinco jóvenes de mi edad, pero todos estábamos dispuestos a pelear contra todos los del pueblo si era necesario y así lo fue. Éramos seis jóvenes sin experiencia en batalla y con poco control de nuestros poderes contra un pueblo entero de guerreros armados, controlados totalmente por la falsa elegida.

Obviamente perdimos contra el pueblo, estábamos por morir allí, de no ser por lo que yo creo, fue una ayuda de la Autora. Unos tres colosos más altos que el vacío emergieron del abismo, los tres con las mismas escrituras diferentes que vi en la cueva.

Los gigantes de piedra golpearon la tierra destruyendo todo y a todos, dejándonos vivos a mí y a los otros cinco chicos, aunque medio muertos, logramos arrastrarnos lejos del peligro, pero un coloso nos encontró y nos mandó a volar de un golpe en el suelo.

Suspendidos en el aire, pensamos que sería nuestro fin, pero detrás de nosotros se abrieron portales que nos mandaron a dimensiones distintas, nos separaron con la promesa de alguna vez volver a vernos, como dioses.

Nuestras cualidades y poderes que nos otorgó la Autora, junto a nuevos nombres, son un símbolo que impone respeto, pero también nos hace únicos, siendo cada marca en nosotros lo que nos define. Ahora luchamos por lo que es justo, protegemos a las demás criaturas y a sus mundos, para que no tengan el mismo destino que el nuestro. ~

Marianela Gómez
4to Informática
Dr. Nicolás Avellaneda N° 478

El chico de aquel bar

ESE DÍA EN PARTICULAR estaba soleado y seco. Raro en Santa Fe, donde siempre es tan, tan húmedo. Salí de mi cama sin muchas ganas. Laura, mi terapeuta me dijo que hoy haríamos algo distinto. Tratar de salir de casa, obviamente me negué pero mi madre insistió.

Desde niña he sufrido de un problema, un miedo terrible a salir por el mundo. ¡Bah! Mundo es solamente de la puerta de casa al escalón.

De escuchar los autos pasar, los pájaros chillar, de simplemente hablar con extraños, que me miren o que solo respiren.

Recuerdo que cuando conocí a Laura, no quise hablarle por una semana, sentía pavor, incomodidad de que estuviera cerca mío, pero bueno. Apreciamos su ayuda.

Llegó el sábado, y a las 9 am, los rayos del sol invadieron la sala, tan cálida.

—Hijo, recuerda llevar tus guantes.— Mi madre me repitió por quinta vez.

—Están en el bolso.—dije al instante. Respiré hondo.

Bajé las escaleras, sin ganas. Laura estaba ahí, sentada en el sofá, me miró con su gentil sonrisa de siempre.

—Harry, ¿Cómo estás? — preguntó ella. Se levantó del sofá extendiendo su mano.

Dude en estrechar, pero quería salir un poco de mi zona de confort. Así que lo hice, me miró sorprendiendo pero sonrió.

—Hoy iremos al centro de la ciudad, veremos algunas ferias.—
Habla ella. Yo asiento sin ganas.

Decidió que iríamos caminando, tan solo eran 20 minutos pero yo lo sentí eterno. El ruido de los autos, algún que otro perro ladrando, el aleteo de los pájaros ¡Dios, ayúdame! — dije internamente.

Empecé a mirar a mi alrededor, arrepentido de ir. Supe que llegamos cuando empecé a ver los puestos de comida, y otros.

—Harry, iré a ver algunos puestos, ¿quierés acompañarme o no?— preguntó Laura.

Estaba indeciso, así que dije que no, mientras más rápido, mejor.

—Oh... bueno, espérame en este bar.— ella señala la esquina. Asiento y voy, total no me perdí de nada.

Sentí el olor café, amargo y fuerte, fue tranquilo hasta que lo vi. Un chico detrás del mostrador, estaba hablando animadamente con lo que parecía, un cliente. Pero me llamó su atención, su sonrisa, su pelo castaño y el brillo de sus ojos zafiro. Por impulso entré, me invadió el fuerte olor a café. Ese bello chico giró su cabeza hacia mí. Quedé parada ahí por un minuto, “que vergüenza”, pensé.

—¡Hola! Bienvenido a nuestro bar.— dijo alegremente una chica. Solo la miré.

—Hola— apenas audible. Solo quería el nombre de él. Caminé hasta el mostrador, no sabía ni qué pedir, así que solo observé su menú del día.

—¿Qué desea pedir? — preguntó aquel chico.

—Un café.

—Nada más— y anotó en una libreta.

Bajé la cabeza un poco, y vi su nombre en su chomba. Su nombre era Fede. Al cabo de unos minutos me fui. Afuera estaba Laura observando todo y una vez que estuve frente a ella esbozó una sonrisa.

Luego llegué a mi casa y arrojé el café que había comprado.

Pasaron las semanas y los sábados eran iguales. Y repetía mi visita para comprar una y otra vez ese café.

Hasta que ocurrió lo que quería. Me preguntó mi nombre y se lo dije. Intercambiamos pocas palabras y me despedí. A partir de aquel momento mi corazón empezó a latir más rápido .

Llegó el próximo sábado, el día estaba feo, gris y lluvioso. Esta vez, Laura me dijo que no iríamos por el clima.

—Lo siento, Harry, el próximo sábado será.— Me enojé, por primera vez le grité a Laura.

—¡No! Tengo que ir.— Grité, a lo que ella y mi madre le miran sorprendidas.

—¡Discúlpate, Harry, pero ya! .— Dice al instante mi madre. Solo la ignoro y trato de abrir la puerta.

—Está lloviendo, no podemos ir.— dice Laura.

—Pero él me espera...— Las dos me miran sorprendidas. Quería llorar, quería verlo.

—¿Quién?— habla mi madre.

—Fede.— Digo, solo giro para irme a mi habitación. Esa noche mi madre entró a mi habitación, con un plato de comida.

—Mi vida, tenés que comer.— Negué con la cabeza, no tenía hambre.

Ella se sentó en la cama y dejó el plato en la mesita.

—Harry, por favor.— Suplicó, negué otra vez.— ¿Es por ese chico?— preguntó.

Asentí, me miró un par de segundos y habló.

—Es especial por lo que se ve.— Me mira con una sonrisa tierna en su rostro.—Cuéntame de él.

—Se llama Fede, es el chico del bar, es lindo.— Dije, con pena.

—Oh, ¿te gusta?— y me miró sorprendida.

Afirme con un rotundo sí y ahí me abrazo fuertemente. Fue el primer abrazo después de mucho tiempo.

El sábado siguiente se repitió la escena de siempre. Luego, Fede estaba sentado en una banca. Al verme salió a mi encuentro y me dijo:

—Harry, ¿Dónde estuviste? Fue raro porque me abrazó .Percibí su olor a lavanda y romero y me gustó. Es que te extraña, expresó apenado.

Y desde ese día, nos volvimos más cercanos. Recuerdo que era un día de pleno sol en Santa Fe cuando volvía a repetir el encuentro hacía el bar. Sin embargo, algo en mi interior me inquietaba por dentro.

Al arribar casi al comercio. Escuché a lo lejos el sonido de una ambulancia. Y una vez en el bar, no lo vi. Pensé que se había enfermado. Pasó un sábado, otro y otro. Hasta que pregunté por su dirección y me animé a ir a su casa en barrio Nueva Esperanza. Una vez allí, toqué el timbre y me atendió una mujer con cierta tristeza en su rostro.

Me presenté y le dije quien era. Y me narró lo que no quise escuchar en mi vida. Que había muerto hacía un mes .

Me quedé sin aire. Totalmente fuera de mí, con una angustia atroz. Al ver mi estado, me invitó a pasar. Observé sus fotos de bebé colgadas en la pared. Y vi vacía la casa donde tantas veces sus palabras incendiaron los rincones de una historia que quedó trunca sin poder tener un final, ni un comienzo... ~

Ramiro Pereira

1ro 2da

Dr. Nicolás Avellaneda N° 478

* * *

La chica fantasma del puente colgante

HACE UN TIEMPO, en la ciudad de Santa Fe, vivía Florencia Pérez, una mujer de 43 años que en su pequeña casa cuidaba de sus cinco hijos. Su marido era camionero y trabajaba casi todo el día, toda la semana, así que ella convivía demasiado con sus hijos.

Un día, Florencia, estaba llevando a tres de sus hijos de siete, ocho y nueve años a la escuela. Iban hacia la escuela Stephenson cuando recibe una llamada, su marido había fallecido y no lo puede creer. Primero, deja a los chicos en la escuela y rápidamente toma un taxi hacia el puente colgante donde ocurrió el accidente.

Sin poder creer la situación se acerca desesperadamente y, en ese momento, el camión explota llevándose también su vida.

Treinta años después, Mateo de 38 años, está yéndose de viaje con su esposa, están pasando por el puente donde falleció su madre, pero es muy tarde y no se logra ver bien porque durante el día había pasado algo con las luces. En un momento, un destello de luz les ilumina la cara inesperadamente. Al volver a abrir los ojos, ve a una chica con un destello que sale de su cuerpo. Mateo reconoció a su madre.

La madre sólo le pedía perdón y al lado aparece su padre, mientras el auto permanece frenado.

Ahora se dice que todavía se pueden ver a la noche en el Puente Colgante, una pareja caminando que desaparece en un destello de luz, aunque la mayoría no lo cree. ~

Maximilian Martínez

1ro 8va

Dr. Nicolás Avellaneda N° 478

Perdón

UN VIERNES A LA 1:30 pasaba en mi auto por el puente colgante de la costanera santafesina cuando el vehículo que iba adelante se pone en medio de los dos carriles y frena.

Me bajé furioso por la estupidez que estaba haciendo y me acerco a golpear la ventanilla, golpeé tres veces y no respondía. Con mucho enojo agarré la manija de la puerta del conductor y la abrí.

No había nadie. Entre asustado y preocupado por lo que estaba pasando llamé al 911 y en ése mismo instante me sonó el celular, era un número privado. Atendí y escuché “pe-pe-per-dón, no quise hacerlo”. Lleno de miedo tiré el celular a la laguna.

Después tuve que ir a declarar a la comisaría. Todavía no hay respuestas para lo que me sucedió. ~

*

Dr. Pedro Lucas Funes

N° 647

Josselyn Alegre

1ro A

Dr. Pedro Lucas Funes N° 647

* * *

La casa embrujada de avenida freyre

EN LA CIUDAD DE SANTA FE, hay una casa embrujada en la intersección de las calles Avenida Freyre y 3 de febrero. Esa casa es muy conocida en el barrio por los fenómenos paranormales que supuestamente acontecieron. Como sucede con toda leyenda urbana, los vecinos cuentan que se oyen voces, gritos y pasos o que se ven sombras.

Como a mí siempre me han gustado la adrenalina y el terror, decidí visitarla. Entonces, pedí un taxi que me lleve hasta el lugar. Al llegar, pude notar que estaba muy abandonada, casi en ruinas y cuando me acerqué a su entrada sentí un escalofrío que recorría mi cuerpo. Me armé de valor y tomé el picaporte de la enorme puerta de madera y empujé suavemente hasta que se vio un espeluznante fondo oscuro, como si se tratara de una película de terror. Entré y la puerta que se encontraba detrás de mí se cerró de golpe, provocando un eco que me hizo temblar. No le di importancia y seguí. Intentaba convencerme de que eran mis miedos los que me hacían ver y escuchar cosas extrañas.

Saqué mi linterna y alumbré todo alrededor hasta que vi algo moverse arriba de una mesa. Me acerqué pero solo era una rata que salió corriendo.

Luego recorrí la parte de abajo de la casa y me sentía observada; no quería estar más ahí... así que subí al segundo piso. Allí había un pasillo largo y estrecho. Alumbré con la linterna y había retratos que parecían mirarme. Entré a la primera habitación;

era algo pequeña: tenía una cama y un ropero. Cuando estaba a punto de abrirlo, escuché pasos y susurros en el pasillo y salí rápidamente. No observé nada raro, pero luego, cuando volví a mirar los cuadros, vi que estaban intercambiados de lugar. Comencé a asustarme. Me quedé quieta unos segundos tratando de recuperar el aliento y luego entré a otra habitación: estaba tapizada por un color rosado y tenía un aspecto perturbador. Salí de allí y fui al fondo del pasillo donde había una puerta que se robaba toda mi atención. Entré a esa habitación y recorrí cada rincón: estaba llena de ratas y de insectos, pero de repente vi una cama con sus sábanas perfectamente blancas, lo cual era imposible porque el lugar estaba demasiado sucio. Cuando me acerqué y las toqué, la sábana me envolvió todo el cuerpo muy fuertemente, no podía mover ni las piernas ni los brazos. Me desesperé y traté de liberarme, pero se me hacía imposible, como si fueran muchas las ¿personas? que estuvieran apretando las sábanas para que no pudiera escapar.

Caí al suelo y rodé por el piso, en un momento logré liberar uno de los brazos y comencé a sentir que la presión de la sábana disminuía. Me paré como pude y bajé las escaleras muy rápido, abrí la puerta y salí a la calle. Traté de normalizar mi respiración y calmarme pero no lo logré. Prometí no volver nunca más a esa casa. Todavía hay noches en que sueño que las sábanas me ahogan.

De vez en cuando, la casa reaparece en alguna noticia, en algún video de curiosos que se atreven a entrar: yo prefiero no mirar y si de casualidad estoy cerca de la casa, cambio de camino para no volver a pasar por allí. ~

Abril Cuñado

3ro C

Dr. Pedro Lucas Funes N° 647

* * *

Pincelada de sentimientos

A LOS OJOS DE ELLA, cada amor es un 'primer amor', porque cada uno lo sentimos con una intensidad y una pureza que nunca se repite...

En la amada ciudad de Santa Fe, eran finales de diciembre, exactamente un 27. Ella observaba su entorno como siempre, no muy emocionada por las fechas.

Sus vacaciones eran tranquilas, no salía mucho a menos con su única amiga o familia. La lectura era su escape, las novelas de romance la transportaban a otros mundos, y se preguntaba si su propia historia sería tan intensa y real como las que leía. Claro, era adolescente, tenía todo un camino por recorrer, pero así pensaba.

La vida, con su ritmo lento, parecía esperar a que ella escribiera su propio capítulo.

Unos días antes, se había animado a publicar sus poesías en un lugar donde nadie la conocía, pero ese mismo día, alguien le comentó su poema más personal, cosas muy cercanas a lo que ella pensaba de ello, se sonrió sin saber que, un simple mensaje en adelante lo cambiaría todo.

Ese mensaje de él llegó, y pronto estuvieron hablando, aunque recién se empezaban a conocer tenían muchos temas para hablar, era inesperado y extraño a la vez.

Al caer la noche, la madrugada mejor dicho, decidieron despedirse. La primera de muchas despedidas futuras, esas despedidas que muchas veces iban a parecer más el tiempo que duraban en despedirse, que el tiempo que hablaban.

Se quedó dormida con el mismo pensamiento que tuvo cuando terminaron de despedirse, del "tal vez", aunque habían charlado bastante, no habría un después. Tal vez por alguna simple razón, o solamente destino.

Pero se sorprendió a la mañana siguiente cuando encontró un mensaje de él, diciéndole buenos días, y de nuevo empezaron a hablar.

Sus conversaciones siguieron, como un río que fluye suavemente. Contándose sus historias, como ramas que se entrelazan en un bosque de palabras. Dando paso a poemas que hablarían de la luz dorada de los girasoles y la melancolía del otoño.

* * *

El 29, había pasado algo en casa de unos familiares.

Un tipo de comentario tan insignificante, a la vez era un bajón para ella, se hundía cada vez más en ese mar que podría surgir de emociones reprimidas, lágrimas no liberadas.

Cuando apenas escuchó comentarios sobre su habla, trato de aguantar que las aguas se liberarán, pero recordó el no volver a reprimirlas más.

No era la primera vez que le pasaba. Se encerró en el baño, pensó en liberarlas y luego volver como si nada... Pero esa vez no iba a ser así.

Lloro y lloro, hasta que empezó a preguntarse el porqué, pero las lágrimas se seguían liberando, cuando pasó un largo tiempo decidió salir. Sí, tenía los ojos, boca, y nariz rojizos pero salió.

Parte de su familia la consoló, pero no quiso decir en ese momento la razón, aunque en el fondo ni ella lo sabía del todo. Supo que su vaso se había llenado, tanto que tuvo que pasar esa situación para darse cuenta. Al llegar a casa se calmó y lo charló con sus tías queridas, estaba mejor.

Al rato los dos volvieron a hablar por mensaje, fue la primera vez que le contó a él de un tema que le dolía, ella sintió que le prestó atención y la entendió. Sintió que se conectaron, pensó que se conocían de hace años, aunque sólo habían intercambiado mensajes.

Pasaron los días y se siguieron escribiendo más y más. En palabras de ensueño, hablaban del sol, de las plantas, la luna y las estrellas. Parecía un sueño,... lo que no sabía era que pronto sonaría la alarma, y la realidad vendría a despertarla.

Una mañana él dejó de responder, no por unas horas, sino por dos días. Aunque era poco, le parecía extraño ya que en los últimos días se escribían a todas horas.

Pasados los días le respondió, tan pronto como se arreglaron, dentro de poco era como si no hubiera pasado nada.

Eso volvió a pasar, como una o dos veces.

El comenzaba a sentirse abrumado por la intensidad de sus emociones, empezaba a cuestionar si era correcto. ¿Qué había que hacer? ¿Estaba bien escribirse?. La duda se apoderaba de él, y se alejaba, sin saber cómo manejar la situación...

Ella se quedaba días en la casa de sus abuelos, vivían en San José del Rincón, la segunda vez que fue de vacaciones fue un 14 de febrero, justo en esa fecha le mandó un mensaje.

La última vez que dejaron de escribirse fue por un tiempo.

Era marzo, y el cumpleaños de ella. Hace días había pensado más en sí misma, escuchaba su corazón, cultivaba su amor propio lo más que podía.

Salía de su zona de confort cuando salía con su amiga, esas tardes en el parque sur, la quería tanto, que hasta llegaba a pensar cómo se sentiría si algún día se fuera de su vida, sabía que no era bueno el apego, pero también sabía que su amistad fue una cura al corazón. Claro que ella tenía otras amistades, eso lo sabía, y eso era algo que a veces en el fondo de su mente era una inseguridad.

Se ponía a pensar que nada dura para siempre, algunas personas vienen a dejar una enseñanza, nos demos cuenta o no. Algunas se quedan y otras se van. Algunas hacen florecer y otras hacen marchitar.

Con ese pensamiento disfrutaba los momentos del presente, bueno, eso trataba, y el festejo del cumpleaños fue uno de esos momentos, no fue tanto como esperaba, pero se sintió bien. La pasó bien con sus seres queridos en la tarde y al caer la noche, un mensaje de cumpleaños la sorprendió, era de él. No lo había pensado en los últimos días. La vida los había llevado por caminos separados pero la conexión permaneció. Se escribieron simple y poco esos días.

Había empezado las clases, no era lo mismo que antes, y tenía otros compañeros. Las compañeras con las que se juntaba le caían bien, pero sabía desde el principio que no iban a ser amigas cercanas, no se sentía ni muy excluida ni muy incluida, no le interesaban mucho los temas que hablaban en el principio, tan solo las acompañaba. Le gustaba su soledad, pero no quería que algún día se sintiera sola y que eso le afectará.

* * *

Dentro de poco la realidad de nuevo llegó, se interpuso como un golpe de viento que apaga una llama. Poco a poco, la charla se iba apagando, parecía que nuevamente quería alejarse, ella no busco explicaciones y no se las pidió hasta que estuvo segura. Se concentró en ella, en cómo se sentía al respecto, quería encontrar en ella misma como se sentía y que debía hacer.

Llegando de sus clases decidió escribirle, preguntarle si podían hablar, y no le insistiría, sabía que en la vida había capítulos que dolían, tal vez él ya no sentía ni una pizca de interés por ella y claro que lo entendía, por eso no se emocionó con respecto a él. La respuesta no llegó, ni a las horas ni al día siguiente. Él se distanció y ella se quedó en un mar de dudas, pero a la vez, no se sintió tan mal, pues, sabía que era poco probable que le respondiese.

Pensó que al no obtener respuesta, otro tipo de respuesta presenció, fue una señal, de un final definitivo. Al notarlo le dolió, pero pensó que le dolería más.

Siguió sus días de costumbre como solía ser. No bloqueo, no borro chat, lo dejo tal como estaba. No le tenía rencor, y no por justificarlo, sino porque creía y confiaba en el universo. Decidió escribir poesías, terminaras de escribir, ya que algunas se habían empezado a escribir en su mente desde los primeros mensajes que se intercambiaron.

Al mes, pareció que la luna y el sol se pusieron de acuerdo para ponerle a dar vueltas su cabeza. Un saludo apareció en la pantalla, era de él.

Busco señales, pero nunca llegaron, al menos no alguna que haya notado. Decidió buscar dentro suyo, esforzarse lo más posible para saber que hacer, ya que estaba tan confundida.

Tras pensar por casi un mes, reconoció que no quería llegar a un punto donde se estuviera preguntando "¿Y si hubiera hecho...?" Y entonces le habló. Esos mensajes, dudas y sentimientos que iban y regresaban le iba hacer mal, ella se lo expreso, pero sintió que él no aportaba a la conversación, que no se expresaba como ella, parecía que la había soltado sin avisarle, sin que ella supiera.

Terminando la conversación llegó a la conclusión de que aunque sabía que era efímero, se permitió sentir, y para ella eso estaba bien. No iba a olvidar, porque no hacía falta olvidar para sanar. Fue un instante que brilló como una estrella fugaz, dejando un rastro de recuerdos que nunca se borrarán.

Pero ¿Quién sabe los planes del universo? Si dispone, cada cuento puede llegar a ser saga. ~

*

República Argentina
N° 262

Lorena Soledad Zapata

5to D Cs. Soc.

República Argentina N° 262

* * *

Ruinas de la memoria del reloj

Santa Fe, 8 de mayo de 2025.

HE PERDIDO la noción del tiempo desde que dejé de contar las horas. Aquí, en esta ciudad que parece suspendida en su propio silencio, donde el tiempo cuelga de las finas ramas de un árbol, como flores secas del lapacho que no supieron resistir al otoño. Solo queda el eco de lo que alguna vez fui...o de lo que pretendí ser.

A veces, cuando el viento se cuele por la ventana rota, juro escuchar mi propia voz. No la de hoy, sino la que solía ser: esa que aún soñaba con días distintos, con cielos más azules y menos paredes oscuras.

Hay un reloj en la sala que no funciona. Lo heredé de alguien que decía que el tiempo es un invento para quienes temen mirar hacia dentro. No entendía lo que quería decirme con eso, hasta que me quedé sólo con mis pensamientos. Algunos días siento que mi voz interna me abraza con sus ocurrencias. Otros, que me devora.

Cada noche me visita el mismo búho, al observarme parece entenderlo. No dice nada, claro, pero su mirada pesa como si llevara siglos observando humanos romperse por dentro sin hacer ruido. No emite ningún ruido. Ninguno físico, sino más bien uno de carácter emocional, sordo, imperceptible para los demás... el tipo de ruido que se queda adentro y hace eco solo en uno mismo.

Hace un tiempo me atreví a escribir una palabra en la pared. Sólo una, para llenar aquel vacío que la inundaba. Pero bastó para que el silencio se apartara por un segundo. "Aún". Eso fue todo. Como una suave promesa. Como un leve susurro de vida que no se ha rendido del todo.

Aún.

Una frágil palabra, casi tímida, escrita con el temblor de quien no está segura de querer ser escuchada. La miré por largos minutos, como si pudiera salir de allí y devolverle algo de luz a este refugio suspendido entre lo que fue y lo que jamás volverá a ser.

Esa noche, el búho llegó más temprano de lo usual. No graznó ni se movió, solamente observaba en silencio, con inquietud en sus ojos, la cual me hizo levantar la mirada del suelo. Por primera vez en mucho tiempo, no me sentí sola. Por primera vez, pensé que tal vez ese animal no era sólo un testigo, sino un espejo.

¿Será que él también se aferra a una palabra?

He comenzado a coleccionar sonidos. El crujir de la madera, el susurro del viento entre las grietas, incluso el silencio entre latidos. Los guardo como quien junta luciérnagas en un frasco de vidrio, por si un día decido salir de aquí y no me alcanza la luz.

Hoy escribí otra palabra. "Respiro".

No sé si lo he escrito porque lo siento o porque necesito recordarlo. Pero al hacerlo, el reloj, ese necio objeto, detenido en el tiempo, que insiste en recordarme lo que ya no volverá, dejó caer una de sus manecillas con un leve clic, como si finalmente aceptara que el tiempo no puede medir este tipo de instantes.

Y entonces, finalmente comprendo:

Mientras quede espacio en la pared, mientras pueda nombrar lo que siento, mientras ese búho regrese cada noche sin falta, algo dentro de mí se niega, un poquito, a extinguirse.

Aún respiro.

Y eso, por ahora, basta. ~



CUENTOS DE FUTUROS GRANDES ESCRITORES,

es una invitación a las escuelas secundarias de la ciudad que busca fomentar la creatividad y la expresión de niñas y niños, inspirándolos a través de la escritura de cuentos cortos.

El Municipio agradece a las instituciones que eligieron ser parte de esta propuesta y brindaron con amor y dedicación parte de su tiempo. ~

María Alicia Barletta